

TRADUCCIÓN

YA LLEGAMOS A AMRITSAR

(अमृतसर आ गया है)*

BHISHMA SAHNI

Traducción del hindi por
UMA THUKRAL KAPOOR

Bhishma Sahni **भीष्म साहनी** (8 de agosto de 1915-11 de julio de 2003) fue un escritor en hindi, políglota, dramaturgo y actor, famoso por su novela *Tamas* (Oscuridad), que le mereció, en 1975, el Premio Sahitya Akademi de literatura y que, en 1987, fue llevada a la pantalla grande por Govind Nihalani.¹ Fue galardonado con el Padma Bhushan² en 1998 y el Sahitya Akademi Fellowship en 2002, por su larga y destacada trayectoria en literatura. Era hermano del notable actor de teatro y cine hindi Balraj Sahni. Nació en Rawalpindi (ahora en Pakistán). Obtuvo una maestría en inglés en el Government College, Lahore (Pakistán) y también asistió al Khalsa College, en Amritsar (India). Se unió a la lucha por la independencia y fue encarcelado por

* Bheeshma Sahni, *Aadhar Chayan: Kabaniyan*, Panchkula, Aadhar Prakashan (Collection of Representative Stories), 1997, pp. 52-62.

¹ El Sahitya Akademi Fellowship es un honor literario otorgado por la Sahitya Akademi, la Academia Nacional de Letras de India, a los “inmortales de la literatura”; está limitado a un número máximo de veintidós personas. Es el más alto honor literario otorgado por el gobierno de India y la beca se otorga a una obra literaria en cualquiera de las siguientes veinticuatro lenguas regionales: asamés, bengalí, bodo, dogri, inglés, gujarati, hindi, kannada, kashmiri, konkani, maithili, malayalam, manipuri, marathi, nepalí, oriya, punjabi, rajasthani, sánscrito, santhali, sindhi, támil, telugu y urdu.

² El Padma Bhushan es la tercera más alta condecoración civil después del Bharat Ratna y el Padma Vibhushan, otorgada cada año por el gobierno de India. Este premio reconoce el distinguido servicio del galardonado a la nación, en cualquier campo.

su participación en el Movimiento de Gandhi “Quit India” (¡Ingleses, váyanse de India!) en 1942. A causa de la Partición de India, en 1947, él y su familia punjabi hindú fueron obligados a mudarse a Amritsar, estado de Punjab. En 1950, comenzó a trabajar como profesor de inglés en Delhi College de la Universidad de Delhi (India).

De 1957 a 1963 vivió en Moscú y tradujo veinticinco libros del ruso al hindi, incluida la novela *Resurrección* de Tolstoi. Fue secretario general de la Asociación de Escritores Progresistas y fundador y presidente de la Safdar Hashmi Memorial Trust, una organización que promueve la tolerancia y el entendimiento intercultural, fundada en memoria del activista, artista y director del teatro de la calle, asesinado en 1883, Safdar Hashmi, considerado hasta nuestros días como una voz importante en el teatro político en India.

Además de los premios y honores mencionados, durante su vida, Bhishma Sahni ganó varios premios nacionales e internacionales: Shiromani Writers Award, en 1979; el Premio del Gobierno del Estado de Uttar Pradesh, por su novela *Tamas*, en 1975; Color of Nation Award en el Festival de Teatro Internacional, en Rusia, por su obra *Madhavi*, en 2004; Madhya Pradesh Kala Sahitya Parishad Award, en 1975, por su obra de teatro *Hanush*; el Premio Lotus de la Asociación de los Escritores Afroasiáticos, en 1981, y el Sovietland Nehru Award, en 1983.

Su prolífica carrera como escritor incluye seis novelas, varias obras de teatro, más de cien cuentos cortos publicados en nueve antologías, y la colección de cuentos infantiles *Gulal ka kbel*. La mayoría de sus obras relatan las historias de personas comunes que están obligadas a vivir en la miseria por la equivocada política socioeconómica. A partir de un vivo retrato de las amargas penurias, el lector fácilmente puede sentir el vínculo emocional con los personajes de las historias de Sahni. Su dominio de varias lenguas y dialectos del subcontinente indio le permitió conmover los corazones y las mentes de la gente común.

Su obra maestra *Tamas* (1974) es un relato poderoso que busca la raíz de la violencia en los disturbios que tuvieron lugar durante la Partición de India en Rawalpindi, su tierra natal,

aunque el tema general, como en muchas otras de sus obras, es la tragedia humana detrás de toda la carnicería. Dos de sus cuentos cortos, muy leídos, “Pali”³ y “Amritsar Āa Gayā Hai” (Ya llegamos a Amritsar), también se basan en la tragedia de la Partición.

“Ya llegamos a Amritsar” es la historia de un par de viajeros que se encuentran en un vagón del tren que sale de un lugar X, que ya forma parte del territorio del recién creado Pakistán, con destino a Y en India (probablemente Nueva Delhi). En el trayecto, los pasajeros sufren cambios emocionales, según sus identidades, hasta llegar a Amritsar, la primera ciudad fronteriza en India.

En junio de 1947 se hizo público que la independencia y la partición se llevarían a cabo el 15 de agosto, con lo que se dividirían las porciones occidental y oriental de Punjab y Bengala, respectivamente, para crear un nuevo estado, Pakistán, basado en la alta densidad de la población musulmana en esas zonas.⁴

En vísperas de la independencia de India, en marzo de 1947, habían comenzado terribles disturbios comunales en las ciudades de Rawalpindi y Multan, y en los pueblos circunvecinos de la provincia de Punjab. Las aldeas, en su mayoría con población hindú y sikh, fueron atacadas y quemadas por los musulmanes, lo cual resultó en la muerte de miles de sus habitantes. La venganza contra los musulmanes en otras partes de Punjab no tardó en desatarse. Después de que en junio del mismo año se dieron a conocer las nuevas fronteras, millones de personas trataron de reincorporarse a su nuevo país, en la mayoría de los casos según su identidad religiosa. El número de muertes es imposible de determinar con exactitud, pero se estima que hubo de medio millón a un millón de personas muertas, y entre diez y dieciocho millones de personas desplazadas por la fuerza: los musulmanes se desplazaron de India hacia Pakistán Occidente y Pakistán Oriente (el Bangladesh de hoy),

³ Laura Carballido Coria y Uma Thukral (trads.), “Pali”, *Estudios de Asia y Africa*, vol. xxxv (3), núm. 113, septiembre-diciembre, 2000, pp. 495-521.

⁴ Dorothy McMenamin, “Anglo-Indian Experiences during Partition and its Impact upon Their Lives”, *New Zealand Journal of Asian Studies*, vol. 8, núm. 1, junio de 2006, pp. 69-95 y 73.

y los hindúes y los sikhs, hacia India.⁵ Casi nueve millones de hindúes y sikhs dejaron Pakistán y seis millones de musulmanes salieron de India. Un millón de refugiados cruzó la frontera a pie; otros, en camiones de transporte o carga o en carretas de caballos, camellos o bueyes. No obstante, un gran número de refugiados se trasladó en tren.

En el momento de la independencia de India, el tren, que había sido introducido por los ingleses en 1853, era el principal medio de transporte y cubría aproximadamente 180 000 km. El ferrocarril unió a India en la época del Raj (dominio británico) de Bengala a Afganistán, hasta casi la frontera con Irán, por lo que obviamente tuvo un papel importante durante la caída del imperio británico en el subcontinente indio. A pesar de las grandes dificultades operacionales y de otro tipo, el ferrocarril transportó a casi 700 000 emigrantes durante el primer mes posterior a la independencia, y a unos cuatro millones durante el año siguiente: una hazaña sin paralelo en los anales de los ferrocarriles del mundo.

En el momento en que el “ojo por ojo, diente por diente” de la Ley del Talión parecía resucitar en el subcontinente indio, especialmente en el estado fronterizo de Punjab, los trenes se convirtieron en “cementeros sobre ruedas”. Millones de personas tomaron el tren para salir de Pakistán o de India, pero casi un millón de ellos nunca llegó a su nueva tierra porque fueron masacrados; un hecho que está más allá de la imaginación humana: murieron hombres, mujeres y hasta bebés.

Estos trenes, descritos como “trenes de la muerte” o “trenes fantasma” por los testigos, llegaban tan atascados de cadáveres mutilados que las ruedas del tren chorreaban sangre. Los detalles de estos hechos, aparte de los trabajos de investigación académicos y otros,⁶ también se narran en varias obras de literatura escritas en hindi, urdu, punjabi e inglés. En este contexto, obras literarias muy citadas son la novela de Khushwant Singh, *A Train to Pakistan* (Un tren a Pakistán); el cuento corto de

⁵ Gyanesh Kudaisya, “The Demographic Upheaval of Partition: Refugees and Agricultural Resettlement in India 1946-47”, *South Asia*, vol. XVIII, número especial, 1995, p. 73.

⁶ McMenamin, “Anglo-Indian Experiences...”, *op. cit.*, pp. 85-91; Linda Shah y Kahlid Shah, *Refugee*, Nueva York, Thomas Y. Crowell Company, 1974, pp. 314-316.

Saadat Hasan Manto, “Syāh Hāshie” (Marginalia Negra), y el de Bhishma Sahani, “Ya llegamos a Amritsar”.⁷

A diferencia de *Un tren a Pakistán* y “Marginalia negra”, “Ya llegamos a Amritsar” no hace una descripción espeluznante de los hechos, sino que da un panorama del ambiente que se vivía en ese periodo. A Bhishma Sahni le interesaba más explorar el proceso por el cual el comunalismo se apodera de la mente del hombre y obliga a la reconstrucción apresurada de identidades, poniendo en jaque la relación humana. Por medio del protagonista, el *bābū*, “Ya llegamos a Amritsar” retrata minuciosamente cómo en los momentos agudos de la inseguridad, una persona, aun moderna, toma conciencia de su identidad étnica y religiosa (en este caso su nueva identidad nacional también), se transforma en un instante y se deshumaniza totalmente; así, la furia comunal convierte en asesino a un hombre común. En los momentos de conflictos comunales, la identidad individual pierde relevancia frente a la identidad colectiva; quizá es por esta razón que en “Ya llegamos a Amritsar” ningún personaje tiene un nombre propio, sino un nombre colectivo, como el *bābū*,⁸ el

⁷ Stephen Alter, *Amritsar to Lahore, Wagha: This Train to Pakistan*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2001, pp. 59-61.

⁸ La palabra *bābū* (hindi: बाबू, inglés: *babu* o *baboo*, urdu: بابو), de origen persa, significa hermano o compañero. Se encuentra en el vocabulario de casi todas las lenguas del subcontinente indio, pero su significado varía según la región, la lengua y el ámbito en que se usa. En algunos dialectos del hindi se refiere a papá y también se usa para dirigirse con cariño a los niños pequeños. Se usa como sufijo después del nombre propio o común de una persona para demostrar respeto o cariño. En el norte de India y en Bengala, el término se usaba para el cacique o sus funcionarios de alto rango; por lo tanto, hasta hoy, en varias regiones los trabajadores de bajo nivel utilizan este término para referirse o dirigirse a su amo o jefe, o también para dirigirse con respeto a un hombre desconocido de buen aspecto. Generalmente, el término *bābū* tiene una connotación de poder y respeto, aunque, para demostrar mucho respeto, con frecuencia se usa el sufijo honorífico -जी (-jī, se pronuncia como -yi en español). Por eso, para papá o amo se usa *bābū jī* y no *bābū* solo.

En tiempo de los ingleses, el término *bābū* empezó a emplearse para los oficinistas, que fueron parte importante del sistema burocrático inglés. En esa época, a menudo se usaba también en forma despectiva para referirse a un hombre indio de cualquier religión, con algo de educación en inglés, que imitaba a los ingleses vistiéndose como occidental: traje y corbata o pantalones y camisa, con calcetines y zapatos en lugar de chanclas o sandalias. (Resulta interesante que el sistema burocrático siga siendo casi igual y a los oficinistas se les siga llamando *bābū*). Es este *bābū* protagonista del cuento “Ya llegamos a Amritsar” quien aparentemente está más informado acerca de la situación que otros viajeros. ¿Pero cómo se da cuenta el narrador de que el *bābū* sentado a su lado es un hindú? Tal vez porque llevaba colgado su *shikbhā*, un mechón

*sardār*⁹ *jī*¹⁰ y el *pathān*,¹¹ que representan, respectivamente, a las comunidades hindú, sikh y musulmana, las más afectadas por la violencia durante la Partición, y que se distinguían fácilmente por su vestuario, barba, lenguaje y hasta por el tipo de rosario.

delgado con un nudo en la parte trasera de su cabeza, o porque del cuello de su camisa asomaba el *janeū* (*yajñopavīta*) o cordón sagrado, que usan los hombres hindúes; o quizá porque traía pintado algún tipo de *tilak*, que incluso los hindúes vestidos al estilo occidental usan en la frente, o un tatuaje como ॐ (Om) en la mano o en otra parte del cuerpo, que en esa época era muy común. Más adelante, el comportamiento del *bābū* confirma que es un hindú.

⁹ *Sardār* o sardar (punjabi: ਸਰਦਾਰ e hindi: सरदार) es una palabra de origen persa compuesta por *sar* (سر cabeza) y *dār* (دار), un sufijo derivado del verbo *dāshtan* (داشتن) que significa “sostener” o “tener en”; por consiguiente, *sar-dār* (سردار) significa el titular de la jefatura; es un título de honor y se utiliza en diferentes regiones de Asia en contextos muy variados: para referirse a un príncipe, noble, aristócrata, cacique, jefe de un tribu, general de ejército, líder y hasta para el jefe de una pandilla o cuadrilla.

Actualmente, en el sur de Asia, *sardār* se emplea comúnmente para referirse a la comunidad sikh o a un hombre sikh. La palabra *sardār*, como un nombre común, fue relacionada con los sikhs durante el periodo *misil* de la historia sikh, y en Punjab, durante el régimen de Maharaja Ranjit Singh (1780-1839), se utilizó para denominar a todos los sikhs, aunque oficialmente seguía siendo un codiciado título conferido a los generales o los funcionarios civiles de alto rango.

Como miembro de la comunidad sikh, un *sardār* siempre debe llevar el turbante, en un estilo específico, aparte de los cinco símbolos mandatarios cuyos nombres empiezan con la letra k. En Asia, el turbante es un símbolo de honor y orgullo que generalmente se permitía usar únicamente a jefes o élites. Supuestamente, el décimo gurú de los sikhs, Guru Govind Singh, en el momento de reorganizar la secta en una militante, dio instrucciones de que todos los hombres sikhs usaran turbante, pues consideraba que cada uno de los seguidores es un jefe o líder y tiene la misma importancia en la comunidad.

El turbante en el estilo específico y la barba peculiar que nunca se corta por mandato de la secta, igual que el cabello, enroscado y pegado a las mejillas, se han convertido en la identidad más visible de los sikhs, que los hace fácilmente distinguibles incluso entre miles de personas.

¹⁰ Véase nota 8.

¹¹ El término *pathan* o *pathān* (hindi: पठान, urdu: پٹھان, español: patán) en hindi, urdu y varias otras lenguas de India y de Pakistán, se refiere a un miembro de la minoría étnica *pastún*, *pashtún* o *pakhtún*, que habla *pashto*, radicada mayormente en el sureste de Afganistán y el noreste de Pakistán, en los estados de Baluchistán, Khyber Pakhtunkhwa y el territorio de Áreas Tribales bajo administración federal. Los *pastún* también se llaman popularmente *khān* en India y Pakistán, porque una gran mayoría se apellida Khan. De los *pastunes*, 95% son musulmanes y, el resto, seguidores de varias religiones tribales. En el subcontinente indio, los *pathanes*, de físico alto y fuerte, son conocidos como personas de palabra, por su lealtad, honestidad y valentía, y porque son capaces hasta de dar la vida por los amigos. Fueron gobernantes de Delhi y otros reinos de India, guerreros comerciantes mayoristas o minoristas y ambulantes, guardianes, etcétera. Hoy, en el cine de Bollywood, los personajes *pathanes* siguen teniendo estas características y son muy admirados.

YA LLEGAMOS A AMRITSAR

El compartimento del tren iba lleno de pasajeros. Sentado frente a mí, un *sardār jī* que había participado en la guerra en Birmania me entretuvo largo rato con historias del frente de guerra; se burlaba de los soldados británicos y, con cada comentario, se reía a carcajadas. Había además tres comerciantes *paṭhān*. Uno de ellos, vestido con un *salwār-kamīz*¹² verde, acostado en la litera de arriba, era muy risueño y bromeaba todo el tiempo con un *bābū* de aspecto frágil sentado a mi lado. El *bābū* debía ser de Peshawar, porque de vez en cuando se hablaban en pashto.¹³ Sentada en el rincón, a mi derecha, una anciana con la cabeza cubierta por un rebozo no dejaba de rezar con su *japamālā*.¹⁴ Había más pasajeros; quizá dos o tres, pero ya no me acuerdo claramente de ellos.

El tren avanzaba lentamente y los pasajeros seguían enfrascados en su plática. Afuera, en los campos de trigo, las espigas se mecían con el viento. Me sentía muy feliz, pues iba a Delhi a presenciar los festejos del Día de la Independencia de India.

Cuando recuerdo esos días, siento que vivimos envueltos en una neblina. Quizá el pasado siempre se ve así. Conforme pasa el tiempo y se va desplegando el futuro, la neblina se vuelve más densa y el pasado se aleja aún más para hacerse todavía más borroso. Apenas se había anunciado la decisión de crear Pakistán y la gente ya hacía todo tipo de conjeturas sobre el futuro; pero su imaginación no llegaba muy lejos.

¹² Traje de dos piezas compuesto de pantalón y camisola larga que suelen llevar las personas en el norte y noroeste de India. Se originó entre la población musulmana.

¹³ Lengua de los pastunes de Afganistán que se habla también en Pakistán y otras regiones de Asia central y meridional.

¹⁴ Rosario hindú que consta de 108 cuentas, generalmente hechas con corteza de sándalo o *tulsī* (inglés: *holy basil*; español: albahaca; nombre binominal: *Ocimum tenuiflorum* u *Ocimum sanctum*), o semillas de rudraksha (sánscrito: *rudrākṣa*, nombre binominal: *Elaeocarpus ganitrus*) insertadas en algún tipo de hilo o cuerda de plata u oro en forma de collar, que termina con una cuenta alargada llamada *Meru* o *Sumeru*, símbolo del gurú o maestro espiritual. Se usan diferentes tipos de *japamālā*, según el propósito de *japa* (repetición del nombre de la deidad o *mantrā*) o según la secta. Los shaktas y shaivistas comúnmente usan *japamālā* de rudraksha, y los vishnuistas, de *tulsī* o de sándalo.

El *sardār jī* frente a mí me preguntaba una y otra vez:

—Después de la creación de Pakistán, ¿cree que Jinnah¹⁵ se quede en Mumbai o se irá a vivir a Pakistán?

Y yo le respondía cada vez con las mismas palabras:

—¿Y por qué habría de abandonar Mumbai? Puede visitar Pakistán a su antojo y volver cuando quiera. No tendría sentido que se mudara de Mumbai.

Conjeturas similares se hacían acerca de las ciudades de Lahore y Gurdaspur:¹⁶ ¿cuál de ellas se quedaría en India, y cuál pasaría a formar parte de Pakistán?

La gente se reunía a charlar como siempre lo había hecho, intercambiando bromas como si nada nuevo ocurriera. Pero lo cierto es que unos estaban abandonando sus casas para siempre y eran por ello ridiculizados. Nadie podía decir con claridad cuál era la decisión correcta. Algunos se llenaban de júbilo por la creación de Pakistán, otros por la independencia de India, mientras otros más deploraban lo ocurrido. Algunos lugares se veían afectados por disturbios, mientras otros se preparaban para celebrar el Día de la Independencia.

La gente creía que los disturbios desaparecerían automáticamente con la llegada de la independencia al país. En medio de las tinieblas brillaba, por un lado, la luz dorada de la independencia, mientras por otro parecía persistir la oscuridad de la incertidumbre. En ocasiones, más allá de ese ambiente sombrío, podía atisbarse lo que el futuro deparaba a las relaciones humanas en ese subcontinente recientemente dividido.

Si mal no recuerdo, el tren había apenas dejado atrás la estación de Jhelum¹⁷ cuando el *pathān* de la litera de arriba desató su itacate. Sacó trozos de carne cocida y *nān*¹⁸ y comenzó a distribuirlos entre sus compañeros. Entre bromas y carcajadas

¹⁵ Se refiere a Mohammed Alí Jinnah (1876-1948), político y líder de los musulmanes de India antes de la independencia, padre fundador de Pakistán y su primer gobernador general (1947-1948).

¹⁶ Desde la Partición de India, cuando la provincia de Punjab se dividió en dos, la ciudad de Lahore quedó en el estado de Punjab, en Pakistán, y Gurdaspur en el estado de Punjab, en India.

¹⁷ Desde la Partición de India, está en el estado de Punjab, en Pakistán.

¹⁸ *Nān* (persa: نان, hindi: नान, urdu: نان, punjabi: ਨਾਨ, pashto: نان); versión regional de la tortilla, proveniente de la zona de Irán y común entre la población del norte de India, Pakistán y Afganistán.

quiso convidarle al *bābū* sentado a mi lado un pedazo de carne y *nān*:

—Cómelo, *bābū*. Esto te hará fuerte como nosotros. Tu esposa también te lo agradecerá. ¡Ea, *dālkbhor*!¹⁹ Estás débil porque todo el tiempo comes sólo sopa de lentejas.

La gente se echó a reír. El *bābū* sonrió, le contestó algo en pashto y siguió moviendo la cabeza en señal de rechazo. Entonces, otros *pathāns* se unieron a la diversión:

—Eh, bribón, si no quieres tomarla de nuestra mano, tómalala tú mismo. No dudes. Por Dios, esto es carne de cabra y no de otro animal.²⁰

El *pathān* de la litera de arriba se echó a reír.

—¡Oh, hijo de cerdo! ¿Quién te está vigilando aquí? Tu esposa no se enterará. Toma nuestra carne y nosotros compartiremos contigo tu sopa de lentejas.

El vagón se llenó de carcajadas por el comentario, pero el enclenque *bābū* seguía sonriendo, moviendo la cabeza y diciendo una que otra palabra en pashto.

—¡Qué pena!, nosotros estamos disfrutando la comida y tú te quedas sólo mirándonos —comentó el *pathān*, quien estaba de muy buen humor.

—Él no acepta tu comida porque no te has lavado las manos. —Medio recostado en la litera de arriba, con la mitad de su panza colgando, el gordo *sardār jī* se echó a reír de su propia broma—. Tú empezaste a comer desde el momento en que desperdiste, es por eso que *bābū jī* no quiere aceptar la comida de tu mano, no por otra razón.

Al decir esto, el *sardār jī* me hizo un guiño y de nuevo soltó una carcajada.

—*Bābū*, si no quieres comer carne, vete a sentar en el vagón de las damas. No tienes nada que hacer aquí.

Una vez más, todos soltaron la carcajada. En el compartimento viajaban otros pasajeros, y muchos otros habían subido y bajado en el camino, pero éstos estaban ahí desde que el tren

¹⁹ *Dāl* significa lentejas o sopa de lentejas, y *kbhor*, el que come. Aquí la expresión es para burlarse de los hindúes, que en su mayoría son vegetarianos.

²⁰ Se refiere a la carne de vaca. Aunque la mayoría de los hindúes no comen ningún tipo de carne, algunos comen carne de algún otro animal, porque la vaca es sagrada y venerable para ellos.

había iniciado el viaje, y por lo tanto se sentían cómodos con el ambiente informal que se había establecido entre ellos.

—Oye, ven aquí. Ven a sentarte a mi lado. Ven, bribón, acércate. Vamos a cotorrear.

En ese momento, el tren se detuvo en una estación y un mar de nuevos pasajeros penetró en nuestro compartimento.

—¿Qué estación es ésta? —alguien preguntó.

—Me parece que es Wazirabad²¹ —le respondí mirando a través de la ventana.

Fue una parada breve, pero justo antes de que el tren dejara la estación sucedió un incidente. Un hombre que había bajado del compartimento de al lado a la plataforma a llenar su jarra con agua del grifo, regresó corriendo al vagón antes de haber terminado de llenarla. La jarra le temblaba en las manos y el agua se venía derramando. La manera en que corría decía mucho. Tres o cuatro personas más que estaban cerca del grifo comenzaron también a correr hacia sus compartimentos. Ya me había tocado ver en otro lado gente correr en un ataque de nervios. En cuestión de minutos, toda la plataforma estaba vacía. No obstante, la gente de nuestro compartimento continuaba charlando y bromeando sin darse cuenta de nada. El *bābū* a mi lado murmuró:

—Hay problemas en alguna parte.

Sí, algo había sucedido pero nadie sabía qué era. Yo ya había presenciado varios disturbios comunales y podía percibir de inmediato el olor de un motín en el ambiente: gente corriendo, portazos, hombres y mujeres reunidos en las azoteas, y un extraño silencio, eran señales de que algo nada bueno ocurría del otro lado de la puerta. De repente, tras la puerta opuesta a la que daba a la plataforma se oyó el ruido de una refriega. Alguien pasajero estaba tratando de meterse.

—¡Eh!, ¿por qué quieres meterte aquí a la fuerza? Aquí ya no hay espacio, ¡caramba!, ¿qué no ves?

²¹ Es una ciudad industrial situada en el distrito de Gujranwala, Punjab, Pakistán. Wazirabad está situada a orillas del río Chenab casi 100 kilómetros al norte de Lahore, en la carretera Grand Trunk. Es un importante nudo ferroviario. La línea principal del ferrocarril del noroeste cruza aquí el Chenab por el puente Alexandra, inaugurado por el príncipe de Gales en 1876. La rama de Sialkot se ha extendido a Jammu (51 km, en India); otra rama sigue la línea del canal Chenab hacia Multan.

—¡Cierren la puerta! —gritaron al unísono varias personas—. Cualquiera gente se mete en el compartimento como si fuera de su propiedad.

Suele suceder que, cuando algún pasajero trata de penetrar en un compartimento, se encuentra con una fuerte resistencia proveniente del interior. Pero, una vez que logra hacerlo, se desvanece toda resistencia y él se convierte en un habitante más del compartimento; tanto, que él también empieza a gritarles a los pasajeros que intentan subir en la siguiente estación: “No hay espacio aquí; súbete al siguiente compartimento...”.

El ruido de la refriega en la puerta iba en aumento. De pronto apareció un hombre desaseado y de bigotes caídos que intentaba abrirse paso hacia el interior. Por su ropa sucia parecía ser un confitero. Ignorando las quejas y los gritos, el hombre se volteó hacia la puerta y empezó a jalar hacia adentro un enorme baúl de color negro.

—¡Entra, entra ya, súbete tú también! —gritó desesperadamente dirigiéndose a alguien detrás de él. Una mujer delgada y frágil entró por la puerta, seguida de una chica joven, morena, de dieciséis años o menos. Otros pasajeros seguían gritándoles. El *sardār jī* levantó un poco su cadera para hacerles lugar en el asiento.

—¡Cierren la puerta, cíerrenla ya!, ¿por qué no lo hacen? ¡Qué insistencia! Quieren meterse a fuerzas como Pedro por su casa... No los dejen entrar. ¿Qué están haciendo? ¿Por qué no los empujan hacia afuera? —gritaban los demás al unísono.

El hombre continuó jalando hacia adentro el resto de su equipaje, mientras su esposa y su hija, ansiosas y asustadas, lo esperaban de pie, replegadas contra la puerta del baño.

—¿Por qué diablos no te vas a algún otro compartimento? Hasta trajiste a tus mujeres contigo.

El hombre estaba sin aliento y su ropa, empapada de sudor. Después de meter su enorme baúl comenzó a jalar por las patas un montón de catres, atados con una gruesa cuerda.

—Señores, tenemos boleto. No estamos viajando sin boletos.

La mayoría de los pasajeros guardó silencio, excepto el *pathān*, que irritado se levantó de su asiento y gritó:

—¡Fuera de aquí, tú! ¿No puedes ver que no hay espacio aquí?

Y, muy exaltado, sin pensarlo dos veces, le lanzó una patada al confitero, pero en lugar de darle a él, su pie fue a parar al pecho de la esposa, quien se desplomó en el suelo aullando de dolor.

El confitero estaba muy ocupado acomodando su equipaje y no tenía tiempo para ningún altercado. Tras la violenta conducta del *pathān*, un profundo silencio se apoderó del compartimento. Después de los hatos de catres comenzaron a subir bultos gigantes. El *pathān* de la litera de arriba perdió la paciencia y comenzó a gritar:

—¡Sáquenlo de aquí! ¿Quién es éste?

Y el otro *pathān*, en el asiento de abajo, reaccionó empujando el baúl hacia la plataforma por la puerta, desde donde un maletero en uniforme rojo estaba tratando de meter más equipaje del confitero.

Los pasajeros seguían pasmados por el violento comportamiento del *pathān*. Únicamente la anciana sentada en la esquina rompió el silencio y, murmurando, les rogó:

—¡Por Dios, déjenlos pasar! ¡Tengan un poco de piedad! Ven, hija, ven a sentarte a mi lado. Apretados, pero vamos a llegar a nuestro destino. Si hemos de caber en el cielo... ¡Malditos! Ya déjenlos sentarse en paz en algún lado.

El confitero había subido apenas la mitad de su equipaje cuando el tren comenzó a moverse.

—¡Mis maletas! ¡Mi equipaje se quedó abajo!

—¡*Pitā*²² *jī*, nuestro equipaje se quedó atrás! —gritó la niña temblando de pies a cabeza.

—¡Bájense! ¡Vamos a bajar! —gritaba el confitero lleno de pánico. Corrió hacia la puerta, se agarró del barrote y arrojando los hatos de catres y los bultos a la plataforma, saltó del tren. Detrás de él saltaron su hija aterrorizada y su esposa, con las manos en el pecho, gritando de dolor.

—¡Vergüenza debería darles! Ustedes se comportaron muy mal —dijo la anciana en voz alta—. ¡Qué insensibles son! Traían a una jovencita con ellos. ¡Bárbaros!, hicieron muy mal... son ustedes quienes los echaron fuera.

²² Término sánscrito que los hindúes usan para padre o papá.

El tren aceleró su paso dejando atrás la plataforma vacía, y el vagón quedó sumido en un pesado silencio. La anciana había dejado de murmurar. Nadie se atrevía a meterse con los altos y robustos *pathāns*.

En ese momento, el *bābū* sentado a mi lado puso su mano en mi brazo y dijo con voz nerviosa:

—¡Mire! ¡Mire usted! ¡Fuego! ¡Veo fuego ahí!

Para entonces, el tren había salido ya de la plataforma y dejaba atrás la ciudad. De repente, sobre su lejana silueta comenzaron a verse chispas que saltaban sobre densas nubes de humo.

—¡Un motín! Era por eso que la gente que estaba en la plataforma había vuelto a subir corriendo al vagón. En algún sitio había estallado un disturbio.

La ciudad estaba en llamas. Al enterarse de ello, los pasajeros se abalanzaron hacia las ventanas para observar el incendio. El tren seguía avanzando y alejándose de la ciudad. Un opresivo silencio flotaba en el compartimento. Retiré mi cabeza de la ventana y miré en derredor. El *bābū* delgadito tenía la cara blanca como un papel. Una capa de sudor corría por su frente y la hacía relucir en la luz. De repente sentí que los pasajeros se miraban con recelo unos a otros, tratando de medir las intenciones de cada uno.

El *sardār jī* bajó de la litera superior y se sentó a mi lado. El *pathān* del asiento de abajo subió rápidamente a la litera superior, donde estaban sentados los otros dos *pathāns*, sus compañeros de viaje. La tensión iba en aumento y cesó toda conversación. Sentados juntos en la litera superior, los tres *pathāns* dirigían su silenciosa mirada hacia los asientos de abajo. Los pasajeros parecían tener los ojos más abiertos que antes, y su mirada era temerosa y aprensiva. Tal vez en todos los vagones del tren reinaba el mismo ambiente.

—¿Qué estación fue? —preguntó un pasajero.

—Wazirabad —respondió otro.

Esta información provocó reacciones distintas. Los *pathāns* se veían de pronto relajados, mientras los hindúes y los sikhs estaban más tensos que antes. Uno de los *pathāns* sacó una cajita de tabaco rapé de su chaleco e inhaló una pizca. Otros le siguieron e inhalaron también su dosis de tabaco. La anciana

continuó con su rosario. De vez en cuando, sus remisos labios se entreabrían para dejar escapar un susurro.

La siguiente estación en la que se detuvo el tren estaba desierta. No había ni siquiera un pájaro. Pero sí un aguador que cargando su odre en la espalda atravesaba la plataforma solitaria.

—Tengan, tomen agua, tomen agua.

Varios niños y mujeres sacaron sus manos del vagón de las mujeres para recibir el agua. Disturbios... terrible derrama de sangre... masacre. En medio de toda esa carnicería, el aguador parecía ser el único que pretendía hacer méritos con una buena obra y asegurar así su lugar en el cielo.

Cuando el tren comenzó a moverse, los pasajeros empezaron a bajar las persianas metálicas que protegen las ventanas. Desde muy lejos podía oírse el golpeteo de las persianas y el chirrido del tren. De repente, el *bābū* sentado a mi lado se levantó para ir a acostarse en el piso, en medio de dos literas inferiores, escondiéndose, como si anticipara alguna calamidad inminente. Su rostro estaba pálido. En ese momento, uno de los *paṭhāns* de la litera superior le dijo burlándose:

—¡Eh, cobarde! ¿Eres hombre o mujer? ¿Por qué te quitate de la ventana y te escondiste debajo de las literas? Individuos como tú ponen en entredicho la reputación de los hombres.

El *paṭhān* lo ridiculizaba y se reía de él. Después le dijo algo en pashto y de nuevo se carcajeó. El *bābū* se mantuvo indiferente y conservó la calma. Los otros pasajeros guardaban silencio, pero el ambiente se volvía cada vez más denso. El *paṭhān* no se abstenía de hacer comentarios sarcásticos:

—¡Oigan, señores! No vamos a permitir que una gallina viaje en el vagón de los hombres. ¡Oye, *bābū*! Bájate en la siguiente estación y vete a sentar en el compartimento de las mujeres.

El *bābū* quería responderle, pero se le trabó la lengua y sólo alcanzó a tartamudear algo. Después de un rato se levantó del piso, sacudió su ropa y volvió a su asiento. ¿Por qué se habría acostado en el piso? Quizá pensó que la gente había cerrado todas las persianas por miedo a que los alborotadores vinieran a apedrear el tren, o a que hubiera alguna balacera. Era difícil saber por qué lo había hecho. Quizá alguien simplemente bajó su persiana y los demás, por nervios, lo imitaron.

El viaje continuó en un pesado ambiente de incertidumbre. Pronto cayó la noche y los pasajeros se mantuvieron en sus asientos, aunque recelosos y estupefactos. Cada vez que el tren perdía velocidad se miraban unos a otros, como si se estuvieran preguntando: “¿A ver, ahora qué?”. Si el tren llegaba a detenerse en algún momento, el silencio se hacía aún más profundo dentro del vagón. Sólo los *pathāns* parecían despreocupados, pero ellos también habían dejado de platicar porque a ningún otro pasajero le interesaba hacerlo.

Poco a poco, los *pathāns* comenzaron a quedarse dormidos, mientras los demás pasajeros miraban con ojos desorbitados al vacío. La anciana, con la cabeza hundida en un pliegue de su bozo y las piernas sobre el asiento de enfrente, también se quedó dormida. Reclinado en su litera superior, uno de los *pathāns* sacó del bolsillo su *tasbīh*²³ (rosario) de cuentas negras y comenzó a rezar.

Afuera había salido la Luna y, envuelto en su luz tenue, el campo lucía aún más misterioso. A la distancia podía verse de vez en cuando un chisporroteo en alguna parte indicando que algún pueblo estaba en llamas. A veces el tren aceleraba y avanzaba bufando, otras, bajaba su velocidad y se arrastraba durante varias millas.

De repente, el enclenque *bābū* miró por la ventana y dijo en voz alta, con emoción:

—¡Hemos pasado Harbanspura! —dijo con una voz que denotaba excitación y se oyó casi como un grito. Su repentino arrebató causó sorpresa y despertó a la mayoría de los pasajeros.

—¡Eh, *bābū*! ¿Por qué gritas? —le preguntó sobresaltado el *pathān* con el *tasbīh*—. ¿Acaso quieres bajarte aquí? ¿Quieres que jale la palanca de la alarma?

Dicho esto, el *pathān* se echó a reír. Era muy claro que ignoraba el nombre de la ciudad de Harbanspura²⁴ y su situación

²³ Rosario musulmán, generalmente de 33 o 99 cuentas rematadas por una borla. Las cuentas pueden ser de diferentes materiales (usualmente madera, marfil, perlas, huesos de frutos o simplemente plástico) y colores. El número de sus cuentas tiene relación con la recitación de los 99 nombres de Dios, aunque también se usa para la invocación repetida de uno solo de los nombres o la repetición de fórmulas como *subhān Allāh* (“Dios es sublime”), *al-ḥamdu li-llāh* (“alabado sea Dios”) y *Allāhu akbar* (“Dios es más grande”), pronunciada cada una de ellas 33 veces.

²⁴ Harbanspura es un barrio de Lahore en la provincia de Punjab, Pakistán, y está

geográfica, o lo que esa ciudad significaba para los pasajeros hindúes y sikhs.

Esta vez, el *bābū* no le respondió con palabras; solamente movió la cabeza, le dirigió algunas miradas y empezó a asomarse por la ventana. De nuevo, un profundo silencio cruzó el ambiente, sólo interrumpido por el silbato del tren, que disminuía su velocidad. Un estrepitoso choque de rieles indicó que el tren cambiaba de carril. Asomado por la ventana, el *bābū* miró en dirección del avance del tren.

—¡Hemos llegado a una ciudad! —dijo—. ¡Ya llegamos a Amritsar! —precisó levantándose de un brinco. Luego se acercó al *pathān* de la litera superior y le gritó:

—¡Oye, hijo de *pathān*! ¡Bájate, hijo de mala madre!

El *pathān* se volteó a mirarlo y le preguntó:

—¡Eh, *bābū*! ¿Me hablas a mí?

Al ver al *bābū* con tal furia, los demás pasajeros también se exaltaron y se pusieron de pie.

—¡Bájate bastardo! ¡Hijo de puta! ¿Cómo te atreviste a patear a una mujer hindú? ¡Cabrón! —dijo el *bābū*.

—¡*Bābū*, cuida tu lengua! ¡Te lo advierto, no escupas groserías! ¡Si no, hijo de tu... voy a cortarte la lengua!

—¿Qué? ¿Te atreves a insultarme, hijo de la...? —le gritó el *bābū* al *pathān*, y de un salto subió a la litera. Temblaba de rabia de pies a cabeza.

—¡Ya, basta! —intervino el *sardār jī*—. No es lugar para pelearse. Estamos casi al final del viaje. Siéntense tranquilos.

—¿Y tú quién te crees? ¿El hijo del dueño del tren? ¡Ya verás, te romperé las piernas! —continuaba el *bābū* muy exaltado.

—¡Oye, oye, párale! No fui yo el único. Todos los querían sacar. ¡Miren a este hombre, sólo a mí me dice groserías! ¡Le voy a cortar la lengua, les advierto! —amenazó el *pathān*.

—¡Que Dios los bendiga y les dé larga vida, hijos! ¡No sean inconscientes! —dijo la anciana, que ya no se pudo aguantar más e intervino. Sus labios temblaban incluso después de haber dejado de hablar, como si estuviera poseída por algún poder

situado en la orilla de un canal cerca de la frontera con India, a escasos 44 kilómetros de Amritsar, en el estado de Punjab, India.

oculto. Sus palabras se oían como roncós susurros. Pero el *bābū* seguía gritándole al *pathān*.

—¡Te sentías muy valiente en tu guarida, ¿verdad? ¡Ya te veré! Veré la hombría del bastardo que te engendró...

El pleito continuaba cuando de pronto el tren se detuvo en la estación de Amritsar. La gente se arremolinaba en la plataforma. Tan pronto se detuvo el tren, la gente se precipitó hacia los compartimentos. Una sola pregunta se formaba en la boca de todos los pasajeros: “¿Qué está pasando en otro lado? ¿En qué pueblos se han desatado disturbios?”. Muchos pasajeros bajaron del tren. Venían muertos de hambre y de sed, y se abalanzaron sobre los puestos ambulantes de comida en la plataforma.

Mientras tanto, de quién sabe dónde salieron tres o cuatro *pathāns* que se asomaron por la puerta de nuestro vagón. Tan pronto como los vieron sus paisanos, comenzaron a conversar con ellos en pashto. Me di la vuelta para buscar al *bābū* pero no estaba en ninguna parte. Quién sabe cuándo había salido del compartimento y desaparecido. Ya me tenía preocupado. La última imagen que tenía de él no era nada alentadora. Estaba temblando de rabia. ¡Ojalá no fuera a cometer alguna locura!

Los tres *pathāns* recogieron apresuradamente sus bultos y se dirigieron junto con sus compañeros hacia otro compartimento. Parecía que la segregación que se dio en nuestro compartimento iba ahora a repetirse en cada tren.

La multitud en torno de los vendedores ambulantes comenzó a dispersarse. Los pasajeros regresaban a toda prisa a sus respectivos lugares. En ese momento divisé al *bābū*. Venía corriendo en dirección a nuestro compartimento. Su cara estaba todavía muy pálida y sobre su frente se agitaba un mechón. Al acercarse vi que en su mano derecha sostenía una barra de hierro. Quién sabe dónde la habría encontrado. Al entrar en el compartimento la escondió tras su espalda, y antes de sentarse junto a mí la deslizó sigilosamente por debajo del asiento. Tan pronto se sentó, miró hacia la litera superior para ver a los *pathāns*, pero ellos ya no se encontraban ahí.

—¿Qué? ¡Los bastardos se escaparon! ¡Carajo! ¡Todos, absolutamente todos huyeron! Muy irritado, se levantó de su lugar y les gritó a los otros pasajeros:

—¿Y ustedes por qué los dejaron escapar? ¡Impotentes! ¡No tienen huevos!

Aunque el vagón estaba repleto de gente, casi nadie le prestó atención. La mayoría de los pasajeros apenas había subido y no sabía por qué el *bābū* estaba tan furioso. Cuando el tren empezó a moverse, el *bābū* volvió a su asiento, a mi lado; todavía estaba muy exaltado y seguía murmurando.

El tren avanzaba balanceándose. Los pasajeros se habían hartado de *puris*²⁵ y habían saciado su sed en la estación de Amritsar. Todos se veían contentos y satisfechos. Ahora el tren atravesaba por una región en la que no había ningún peligro para sus vidas ni sus pertenencias.

Los nuevos pasajeros charlaban entre sí. El tren iba ya a toda máquina. Pronto comenzaron a dormir; todos menos el *bābū*, que con ojo avizor miraba al vacío. Una o dos veces me preguntó si yo sabía el paradero de los *paṭhāns*. Estaba como endemoniado.

El rítmico movimiento del tren terminó por arrullarme. No había espacio para acostarse, así que dormí sentado y cabeceando. De vez en cuando los bamboleos del tren me sacudían y me hacían despertar, y entonces alcanzaba a escuchar los fuertes ronquidos del *sardār jī*, que estaba profundamente dormido en la litera de enfrente. Otros pasajeros se encontraban sentados o recostados en posturas tan grotescas que el vagón parecía lleno de cadáveres. Sin embargo, el *bābū* seguía despierto. A veces miraba por la ventana y luego volvía a sentarse muy erguido, apoyándose en el respaldo de su asiento.

Cada vez que el tren detenía su camino en alguna estación, el chirrido de las ruedas cesaba y sobre nosotros descendía un silencio sepulcral. De pronto, alcancé a oír algunos ruidos... algo que se caía en la plataforma... el ruido de pasos de algún pasajero que se bajaba del tren... y me desperté sacudiendo la cabeza.

Una de esas veces en que mi sueño se interrumpió, el tren iba a muy baja velocidad. El interior del vagón estaba oscuro. Sin levantarme, miré por la ventana y a lo lejos alcancé a ver

²⁵ Tortillas de harina de trigo sin levadura, fritas en aceite o *ghee* (mantequilla clarificada).

los círculos rojos del brazo de señales de una estación que iba quedando atrás. Al parecer, el tren había pasado una estación sin detenerse, pero todavía no aceleraba. Entonces, oí un ruido casi imperceptible. Afuera, en la puerta del vagón, vi algo como una mancha. Mis ojos, cargados de sueño, se quedaron fijos en ella, pero mi mente se cansó pronto y me volví a dormir. Las luces del vagón seguían apagadas. Afuera estaba por amanecer.

Poco después oí algunos golpeteos en la puerta detrás de mí. Giré hacia ella y estaba cerrada. Una vez más escuché el golpeteo. Pude adivinar que alguien golpeaba la puerta frenéticamente con un bastón. Me asomé por la ventana y vi a un hombre en el estribo, con un bastón en la mano y un bulto colgando de su hombro. Su ropa estaba sucia y tenía una larga barba. Miré más abajo y vi a una mujer descalza corriendo junto a las vías del tren. Los dos bultos grandes que cargaba le impedían mantener el paso. El hombre volteaba hacia ella una y otra vez y le decía jadeante:

—Vamos, sube, súbete tú también.

Nuevamente, el hombre golpeó la puerta con su bastón.

—¡Abran la puerta! —gritó—. ¡En nombre de Alá, abran la puerta! —dijo perdiendo el aliento—. ¡Abran! ¡Por amor de Alá, ábrannos la puerta! Hay mujeres conmigo. Se nos va el tren —suplicó.

De repente, el *bābū* se levantó de golpe de su asiento, corrió a la puerta, sacó la cabeza por la ventana y le gritó al hombre parado en el estribo:

—¿Quién eres tú? Aquí no hay espacio. Vete a otro lado.

El hombre parado en el estribo suplicó otra vez:

—¡Por amor de *khudā*,²⁶ abre la puerta! Se nos va el tren —gritó mientras metía la mano por la ventana abierta, buscando a tientas el cerrojo.

—No hay lugar, te he dicho. Ya bájate —le gritó el *bābū*, y al mismo tiempo le abrió de golpe la puerta.

—¡Oh Alá! —oí al hombre murmurar con una sensación de alivio. Justo en ese momento, vi el destello de la barra de hie-

²⁶ Palabra de origen árabe para referirse a Dios, usada también por hablantes de otras lenguas en el mundo islámico.

ro en la mano del *bābū*, quien, tras levantarla, le propinó al hombre un duro golpe en la cabeza. Yo estaba petrificado. Me temblaban las piernas.

Al principio pensé que el hombre no estaba herido, pues aún se sostenía firmemente del pasamano; sin embargo, el bulto que colgaba de su hombro se había deslizado hasta el codo. Sobre su cara comenzaron a dibujarse dos o tres pequeños hilos de sangre. Alcancé a ver sus labios entreabiertos y tras ellos, unos dientes relucientes. Una o dos veces murmuró “¡Oh, Alá!”, entre gemidos. Le temblaban los pies. Se quedó mirando al *bābū* con ojos aturcidos y entreabiertos, como si estuviera tratando de reconocer a su agresor y de preguntarle: “¿Por qué me has atacado? ¿De qué te estás vengando en mí?”. Afuera estaba un poco menos oscuro. Amanecía. Entre los labios trémulos del hombre herido se asomaban sus dientes blancos y relucientes. Pensé que había sonreído, pero en realidad sus labios se estremecían de terror.

La mujer aún corría junto al tren, que se movía lentamente. Gritaba y maldecía, no sabía lo que había sucedido. Creía que su marido, agotado por la carga de su bulto, no había podido entrar en el compartimento ni mantenerse firme en el estribo. A pesar de que la mujer también cargaba dos bultos pesados, trató de ayudar a su marido, una y otra vez, tomándole los pies para fijarlos en el estribo.

La mano sin fuerzas se soltó abruptamente del pasamano y el hombre se desplomó como un tronco recién talado. Tan pronto como cayó, la mujer dejó de correr, como si ambos hubieran llegado juntos al final de su viaje.

El *bābū* estaba petrificado, parado junto a la puerta como una estatua. Todavía sostenía la barra en su mano. Parecía que quería tirarla pero carecía de fuerzas para hacerlo, o quizá su mano no le obedecía. Mi respiración estaba aún muy agitada por el susto y, sentado en un rincón oscuro, pegado a la ventana, seguía mirando al *bābū*, sin parpadear.

Después de un tiempo, el *bābū* pareció volver en sí. Dio un paso hacia la puerta y, como movido por un impulso extraño, se asomó a través de ella y miró hacia atrás. El tren seguía adelante y en algún lugar, muy atrás, junto a las vías del tren, apenas podía distinguirse un bulto entre las tinieblas.

El *bābū* levantó el brazo y lo giró con toda su fuerza para arrojar la barra hacia afuera. Volteó hacia el compartimento y lo inspeccionó girando su cabeza a todos lados. Todos los pasajeros estaban profundamente dormidos, menos yo, pero él no se dio cuenta. Por un rato se mantuvo haciendo surcos frente al umbral, indeciso. Al rato se dio vuelta y cerró la puerta. Examinó su ropa con cuidado y también sus manos, y se las llevó a la nariz para olerlas y asegurarse de que no hedían a sangre. Satisfecho, dando pasos silenciosos, regresó a su asiento y otra vez se sentó a mi lado.

Poco a poco la bruma de la mañana se dispersó. Al romper el alba, una luz brillante comenzó a extenderse por todos lados. Hasta entonces nadie había jalado la palanca de la alarma para detener el tren; el cuerpo del hombre caído yacía varias millas atrás. Afuera, en el campo, las espigas se mecían suavemente con la brisa.

El *sardār jī* se despertó y se rascó la barriga. El *bābū* estaba sentado, tranquilo, con las manos entrelazadas en la nuca, mirando fijamente al vacío. En el transcurso de la noche, una incipiente barba había sombreado su mentón. Al ver al *bābū* sentado en el asiento frente a él, el *sardār jī* se rio y le dijo con buen humor:

—*Bābū*, tienes mucha hombría. Eres flaquito, pero tienes agallas... Has demostrado en verdad gran valentía. Si los *pathāns* se hubieran quedado aquí le habrías destrozado la cabeza por lo menos a uno de ellos. El *bābū* esbozó una sonrisa macabra y, durante largo rato, sus ojos se quedaron clavados en el rostro del *sardār jī*. ❖

Se agradece la colaboración de
Bertha Ruiz de la Concha
en la revisión de la traducción.

